

HUMANISMO Y PAZ

1. Humanismo y paz

Una imagen del humanismo clásico y una perspectiva de aplicación para América Latina parecen no corresponder a los desafíos que hoy por hoy plantea el neoliberalismo en tanto capitalismo tardío. La imagen clásica es la del hombre, en singular; el hombre-individuo que afirma su razón de ser en su capacidad racional sin mayores referencias a las condiciones históricas que lo hacen posible a él (nunca hubo una ella, rara vez un nosotros, y jamás nosotras), y a su cogito. Viene a mi memoria el humor mordaz de Alejo Carpentier quien en "El siglo de las luces" recrea el arribo del primer símbolo de la revolución humanista, del triunfo de la razón, a este lado del Atlántico, a saber: la guillotina. De esa manera, el genial Carpentier señalaba los límites de una propuesta de construcción de dignificación humana que había nacido sorda al mundo para ella desconocido: el del mestizaje y la desmesura del continente americano.

Lo que escapó al humanismo clásico fue el tráfago de ese mundo. A su estropicio macondiano debe agregársele el entrevero del mestizaje que fuerza a que el sujeto individual, androcéntrico y burgués del Yo occidental, se desplace de la escena para darle paso a un Yo múltiple, un sujeto habitado por Yoes que habla en una polifonía que quizá se vea más fielmente representada en el je me revolte donc nous sommes, de Albert Camus. Es un Yo que forja un Nosotros, y lo forja en la lucha, un Yo que anuncia; "Me rebelo, luego somos."

Lo cual me lleva al segundo componente problemático del humanismo en su versión clásica, que habla de su aplicación. La referencia a Camus viene al caso por cuanto ha sido la rebeldía la nota predominante en los procesos identitarios en América Latina. No en vano fue la propuesta de teorías de dependencia las que marcaron esas luchas durante el siglo XX cuando el continente encontró su plástica (muralismo riverano, estética guayasaminiana), su voz (literatura latinoamericana con boom incluido), su canto (Nueva Canción Latinoamericana), su patrón de lucha (insurgencias armadas), su expresión de esperanza y fe (Teología de la Liberación), y forjó esos rasgos de identidad en franca lucha rebelde contra patrones establecidos desde afuera por la hegemonía occidental. Bien podríamos apropiarnos de la sentencia de Miguel de Unamuno: "Lucho, luego existo;" de no ser porque en su dicho el maestro aún persiste en el Yo individual, como si la lucha fuera posible al margen de la historia.

La más reciente era histórica que viene inmediatamente después de la era industrial, está dejando la huella más profunda afectando de manera negativa los equilibrios a los que el medio ambiente había llegado hasta la aparición del hombre. Agnès Sinaï, escribiendo para Monde Diplomatique en el año 2009, define la era antropocena como aquella que se caracteriza por "una intervención masiva de la humanidad sobre los ecosistemas." Sinaï cita al GIEC (Grupo Intergubernamental sobre la Evolución del Clima) para quienes de darse un incremento en la temperatura de 2.5 a 3 grados centígrados, que es el estimativo más probable, los depósitos de carbón vegetal se podrían convertir en emisores netos de CO₂, y la Amazonía convertirse en sabana.

En síntesis, el ser humano aislado como motif preferencial de humanismo debe darle paso a una nueva concepción humanística que aborde los sentidos colectivos, históricos y ecológicos de lo que se quiere decir por "humanidad." De igual manera, la puesta en escena de tal humanismo complejo ha de superar la concepción de sujeto que provino de los paradigmas de las teorías de dependencia para abordar el problema de un sujeto democrático. Pero esta tarea de construcción democrática no apunta a la instrumentalización del cuerpo político con miras a la instalación de nuevas formas de exclusión. El desafío actual lo plantea la pretensión neoliberal de anular el estatus de ciudadano para privilegiar la condición de cliente. Como ya se hizo dar a entender arriba, la globalización sustituye al sujeto por el mercado. En el estado actual de cosas, "la democracia tiende a reducirse en democracia de mercado en la que en los distintos espacios, los ciudadanos se resignifican como clientes, por lo que el clientelismo" que era patología política en las democracias predictoriales, pasa a ser normalidad político-democrática en las democracias posdictatoriales, postransicionales y postmodernas globalizadas.